

Tània BALLÓ, *Las Sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa*, Barcelona, Espasa, 2016, 312 pp.

Estamos ante un libro tan necesario como imprescindible, al igual que el proyecto y el documental de Televisión Española del que forma parte. No olvidemos que con esta idea se pretende sacar del olvido a un gran grupo de mujeres que todavía hoy siguen siendo invisibles para la sociedad. El volumen que nos ocupa va por la 4ª edición y ha sido publicado a comienzos de 2016. En él, Tània Balló, la autora, aborda la historia de algunas de las mujeres de la Generación del 27, a las que denomina Las Sinsombrero, siendo tal el título del volumen. Aquí se recoge la vida y obra de diez de estas autoras, dedicándosele un capítulo a cada una, no sin antes –a través de un Prólogo y de una breve Introducción– irnos metiendo en materia. No son todas las que eran (reconoce Balló), aunque su obra sólo sea el comienzo de una investigación que el ser humano le debe a la historia. De estas diez mujeres es más que probable que el común de los mortales sólo conozca a un par de ellas o, en el mejor de los casos, a la mitad.

El libro que estamos analizando se convirtió en un segundo eslabón de un proyecto que comenzó con un documental cuyo nombre es el mismo: *Las Sinsombrero*. Se trata –como reconoce la autora del texto– de contar sus historias, labor que, de manera conjunta, ella misma junto a Serrana Torres y Manuel Jiménez-Núñez llevan a cabo en dicho proyecto televisivo. La idea nació del silencio, de no saber quiénes eran las mujeres que aparecían en las fotos de la Generación del 27. No podemos olvidar que, tras la guerra y el exilio, ellos (los vivos) fueron recibidos como héroes al retornar a España, pero no ocurrió lo mismo con ellas. El motivo no era otro que el desconocimiento. A ellas nadie las esperaba con los brazos abiertos, reconocerá Tània Balló, y así fue verdaderamente; pero sin ellas la historia no está completa. Esta frase, por tanto, abraza y refuerza el título del volumen de *Las Sinsombrero*.

Antes de pasar a lo verdaderamente importante, es decir, antes de entrar en materia, la autora desglosa brevemente la historia del Lyceum Club de Madrid en el que la mayoría de las mujeres modernas de la época participaron, incluidas, evidentemente, casi todas Las Sinsombrero. Se trata de un subapartado dentro de la Introducción en el que alude a otras artistas de la época, algunas de las cuales pertenecieron a la Generación del 14, inmediatamente anterior, o a la del 98, como es el caso de María de Maeztu, Zenobia Camprubí o Carmen Baroja. Todas estas «liceómanas» encontraron en este club una vía de escape en donde reunirse y sacar adelante proyectos que les estaban vetados en espacios claramente masculinizados.

Metámonos propiamente en la obra. El capítulo 1 va dedicado a Margarita Manso, la primera de nuestras Sinsombrero. Esta artista había coincidido en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con la pintora gallega Maruja Mallo (otra Sinsombrero) y el catalán Salvador Dalí. Se fraguó entre ellos una relación de amistad y se supone que, por estos, Margarita llegó a conocer al que también será otro

gran amigo: Lorca. Todo apunta que ellos cuatro llegaron a protagonizar una de las escenas más transgresoras de los años 20, cruzar la Puerta del Sol sin sombrero. De ahí, por tanto, se extrajo el fabuloso y clarividente apodo de Las Sinsombrero para estas mujeres.

La siguiente protagonista es Marga Gil Roësset, una de las mejores escultoras españolas (si es que no la mejor). Además, desde niña había mostrado su vocación y buenas dotes para las artes gráficas, hasta el punto de que, con solamente doce años, llegó a ilustrar *El niño de oro*, un cuento infantil que había escrito su hermana mayor. Su admiración por Zenobia Camprubí y por el esposo de ésta, Juan Ramón Jiménez, se produce desde bien temprano. La catalana había traducido a Rabindranath Tagore, hecho que había llamado la atención de Marga. Tanto esta como su hermana Consuelo llegaron a publicar juntas *Rose des Bois*. Años más tarde, y tras conocer al escritor de Moguer, se cuenta que nuestra artista perdió la cabeza por él, lo que la llevó al suicidio, no sin antes destruir, desgraciadamente, parte de su obra escultórica.

El apartado tercero se centra en Concha Méndez. Esta polifacética artista además de ser recordada por sus obras, es conocida por ser la musa de la pintora Maruja Mallo, para la que posó en numerosas ocasiones. Al igual que para otras Sinsombrero, a Concha también Madrid se le quedaba pequeño, por lo que se fue a Inglaterra y, posteriormente, a Buenos Aires, en donde desempeñó diversas profesiones: profesora, traductora, escritora... A su regreso a España y tras haber sido novia del cineasta Luis Buñuel, se casa con el poeta Manuel Altolaguirre con el que fundará y dirigirá diversas editoriales.

La cuarta de nuestras protagonistas no es otra que la gran amiga de Concha Méndez: Maruja Mallo. Se trata de unas de las pintoras más importantes del siglo XX en España. Juntas recorrían las verbenas del Madrid de principios de siglo buscando, quizá, inspiración para sus obras. Tanto es así que uno de los mejores cuadros de la pintora gallega lo refleja; se trata de *La verbena* (dicha obra puede ser admirada en la actualidad en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid). Además, no se puede dejar de mencionar que fue la única que llegó a exponer en los salones de trabajo de la *Revista de Occidente*.

El capítulo quinto nos traslada de nuevo y de manera brillante a la pintura, esta vez de la mano de Ángeles Santos, probablemente la más longeva de la promoción de Las Sinsombrero, puesto que vivió más de cien años. Al igual que sucedía con Maruja Mallo, hoy día es posible admirar los cuadros de Angelita (así era como le gustaba que la llamaran) en el Museo Reina Sofía de Madrid. Dicen de ella los que la trataron que fue una niña prodigio, muy en la línea como ha quedado señalado de la polifacética Marga Gil Roësset. Y al igual que Maruja Mallo, también expuso en el Lyceum Club Femenino, lo que nos da una idea de que su calidad fue relativamente reconocida y apreciada en su época.

Con el capítulo sexto cambiamos otra vez de género. Esta vez nos encontramos ante la que probablemente sea la única filósofa de la generación: la malagueña María Zambrano. Se dice que fue la discípula más directa de Ortega y Gasset, y también de Xavier Zubiri, quien además de maestro fue su amigo. A diferencia de lo que les ocurrió a la mayoría de Las Sinsombrero –no haber sido valoradas en vida– esta intelectual sí recibió varios galardones antes de fallecer, entre ellos el Príncipe de Asturias y el Premio Cervantes.

A la siguiente protagonista se la conoce por ser la esposa de Rafael Alberti más que por su propia obra. Al principio, y consciente de su sexo, María Teresa León

firmará con un pseudónimo, Isabel Inghirami. Con el poeta andaluz viajará primero por Europa y luego a la Unión Soviética, en donde trabarán amistad con escritores de primer orden como Máximo Gorki o Louis Aragon para luego pasar a América y entablar relación con el pintor Diego Rivera o con Octavio Paz, entre otros, artistas todos ellos que influirán en su obra. Desgraciadamente, esta Sinsombrero envejeció padeciendo Alzheimer, sin ser consciente de quién era.

La novelista Rosa Chacel ocupará el octavo capítulo de nuestra obra. Esta valli-soletana quizá sea la más conocida de Las Sinsombrero. Aunque primeramente había estudiado Bellas Artes, Rosa pronto se dio cuenta de su verdadera vocación: la escritura. Con una visión en cierto modo particular del feminismo, no llega a participar activamente del Lyceum Club Femenino de Madrid, aunque sí colabora en la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. Tras su exilio regresa a España, en donde en cierto modo y en menor medida que a María Zambrano se le reconoce su labor, en su caso con el Premio Nacional de las Letras.

La antepenúltima de nuestras protagonistas será otra escritora, la vitoriana Ernestina de Champourcín. Esta poeta aparece junto a Josefina de la Torre (la homenajead a en la parte final del libro que nos ocupa) en la segunda edición de la antología *Poesía española contemporánea* de Gerardo Diego. Son las únicas mujeres consideradas (más menos que más) integrantes de la Generación del 27. En su caso se dice que fue apadrinada por Juan Ramón Jiménez. Ernestina es feminista y progresista (hecho que sus padres conocen), motivo por el cual no le es permitido participar en la creación del Lyceum de Madrid. A pesar de tal hecho, en cuanto le es posible se esforzará por asistir a sus tertulias y ayudar en dicho centro. Años después de su muerte su figura es contradictoria puesto que se mostró muy afín al Opus Dei.

Para finalizar el volumen se abordará la figura de la antes mencionada Josefina de la Torre quien, de modo similar a la poeta anterior, fue apoyada por Pedro Salinas para aparecer en la *Antología* de la Generación del 27 de Gerardo Diego. Esta canaria fue una artista multidisciplinar que ejerció de actriz, cantante, compositora, escritora, guionista... Al igual que sus compañeras de grupo, llegó a frecuentar el Lyceum, en su caso sobre todo como cantante. Asimismo, trabajó también en la radio prestando su voz al conocido programa de la época *Teatro Invisible* y llegó a fundar, además, la editorial "La Novela Ideal". Desgraciadamente, esta artista poliédrica murió igual que vivió, prácticamente en el anonimato.

*Las Sinsombrero* se cierra con un Epílogo, los Agradecimientos, las Notas y una gran cantidad de Bibliografía. Aprovecha Tània Balló en el Epílogo para aludir muy brevemente a algunas mujeres que no están en esta obra pero que bien merecerían aparecer. Me es imposible citarlas a todas por falta de espacio; por lo que quisiera, desde aquí, llamar la atención para que investiguemos y completemos el numeroso grupo de Las Sinsombrero, porque sin el estudio de todas estas mujeres no conocemos sino la historia de manera sesgada.

María Curros Ferro